

Cómo vivimos e interpretamos la semana del 27F

Pedro Trigo, s.j.*

Lo que quedó fue la convicción de muchísima gente popular de que nada tenían que esperar de los partidos ni de la democracia ni del Estado ni, menos aún, de sus conciudadanos ricos. La desesperanza previa al 27 se espesó: la noche se hizo total. Sin ninguna estrella.

Para hacernos cargo de cómo se vivió e interpretó la semana que comenzó el 27 de febrero de 1989, tenemos que referirnos a la situación previa, al desarrollo de los acontecimientos y a lo que ellos desencadenaron a corto, mediano y largo plazo.

SITUACIÓN PREVIA

La situación previa estaba caracterizada sobre todo por el declive del poder adquisitivo del pueblo, que comenzó a bajar en 1979 y siguió bajando sostenidamente. El modelo de sustitución de importaciones daba señales inequívocas de estar agotándose y ni el Gobierno ni la empresa privada enfrentaron la situación con realismo y teniendo en vistas al conjunto para proponer soluciones estructurales, es decir para obrar una reconversión empresarial con vistas a la competitividad en la mundialización que se imponía, colaborando el Gobierno con aquellas empresas que se reestructuraran productivamente, sobre todo aquellas que tenían ventajas comparativas. En vez de eso, muchas empresas dejaron de serlo, abandonando el camino de la productividad y viviendo del diferencial cambiario y haciendo grandes negocios con él.

Luis Herrera, que había asumido la presidencia asentando que recibía un país hipotecado y que se encaminaba hacia la profundización de la democracia, en realidad no gobernó y se limitó a ser presidente, es decir a las funciones representativas, dejando la administración sin control en manos de la burocracia. Al menos fue un buen presidente, ya que no fue un jefe de gobierno. Pero Lusinchi, además de deshonestar a la presidencia con su conducta, convenció al país de que no teníamos necesidad



...el pueblo se encontró sin productos básicos, sin recursos para comprarlos y sobre todo sin esperanza. Se sintió no sólo abandonado por todos sino burlado por el Presidente. El cambio de escenario fue demasiado brusco y deprimente. La gente se sintió con el agua al cuello y desesperada.

Al sentir que se ahogaba y que no tenía ningún interlocutor, reventó.

de hacer grandes sacrificios, precisamente en el momento en que era perentorio hacerlos con un proyecto de saneamiento y enrumbamiento del Estado y la sociedad. Por eso ganó Carlos Andrés, que prometió bonanza sin sacrificios.

Pero, cuando todavía estaban frescas las ceremonias faraónicas de lo que parecía su entronización, prevalido de lo que creía su liderazgo indiscutible, decretó de un plumazo el fin de las subvenciones y de los controles de precios y salarios y la apertura del país a la competencia mundial, sin tomar en cuenta que mucho de lo que iba a entrar estaba subvencionado, sin ningún tipo de gradualismo, para que las empresas que quisieran y pudieran se adaptaran y resistieran y sin ninguna compensación a la gente popular.

El resultado fue el paso durante esa década de muchísimas empresas a manos no venezolanas y el paso a la condición de rentistas de no pocos veno-

lanos con recursos, y en lo inmediato lo que se percibió como inminente estampida de precios. En vistas a ella, desaparecieron productos básicos para reetiquetarlos y el pueblo se encontró sin productos básicos, sin recursos para comprarlos y sobre todo sin esperanza. Se sintió no sólo abandonado por todos sino burlado por el Presidente. El cambio de escenario fue demasiado brusco y deprimente. La gente se sintió con el agua al cuello y desesperada.

Al sentir que se ahogaba y que no tenía ningún interlocutor, reventó.

EL DESARROLLO DE LA SEMANA

En el curso de esa semana podemos distinguir tres momentos.

Ante todo el estampido. Fue espontáneo. Un contagio de masas. La gente saqueó buscando, víveres de primera necesidad. Luego, al percibir que estaba viviendo una ocasión única, que nada

Fueron días de espanto, sobre los que muchas familias no quieren ni pueden aún hablar. El trauma fue tan grande que cientos de soldados, humanamente destrozados, tuvieron que sufrir tratamiento psiquiátrico.

tenía que ver con las normas de la cotidianidad y que no podía durar mucho, llevaron a sus casas bienes ansiados que estaban fuera de su poder adquisitivo: camas, colchones, enseres de casa... Finalmente, agarraron lo que les apetecía, desde pernils y jamones a whisky, pasando por equipos de sonido. Esa noche se decían a sí mismos que estaban saqueando. Que no era robo. Que robar era agarrar para vender.

Si a la mañana siguiente de esa noche interminable, mágica para unos y de miedo y desolación para los dueños, se hubiera sacado el ejército y el ejército se hubiera limitado a poner orden, custodiando drásticamente la propiedad, el 27 de febrero habría quedado para la historia venezolana como una advertencia seria, dirigida a los propietarios y sobre todo al Estado y a los partidos y en general a la sociedad, de que no se puede desconocer y sacrificar al pueblo.

El mismo pueblo estaba fuera de sí, entusiasmado y asustado por lo que había hecho, que, vuelto a la normalidad, no comprendía cómo había sido capaz de hacerlo y no lo haría de ningún modo, no sólo porque no era objetivamente posible sino porque en la normalidad le parecía un acto repudiable. Pero no se arrepintió de lo hecho porque le parecía que había sido algo absolutamente excepcional. Naturalmente que no todo el pueblo ni tal vez la mayoría se adhirió a este contagio de masas: bastante gente pobre continuó en la normalidad y no robó. Pero el que lo hizo tuvo la sensación de que estaba haciendo algo único que no podía ser juzgado con los criterios de todos los días.

Por eso, insistimos, que si el día 28 el ejército se hubiera limitado a poner orden, la fecha evocaría un acontecimiento excepcional y muy significativo, digno de ser tomado en cuenta para hacer las rectificaciones indispensables.

Pero no fue así. El día 28 no pasó nada y por eso, ahí sí que se produjeron robos en cadena totalmente repudiables, porque entonces no se podía invocar el fenómeno de contagio de masas. No sólo eso, también robó gente que no tenía necesidad sino que se aprovechó del momento de desconcierto e impunidad.

El Gobierno reaccionó tarde y de un modo totalmente desproporcionado. O, peor aún, reaccionó con otro objetivo que el de restablecer el orden: lo que se propuso y logró fue que el pueblo se

grabara a sangre y fuego que lo absoluto era no la democracia, ni siquiera la vida de la gente; que el absoluto, al que todo debía subordinarse, era el orden establecido. Eso lo lograron de dos modos: masacrando a la gente con un alarde de disparos y descargas comparable al de una tremenda batalla, y entrando casa por casa, armados hasta los dientes, no desarmados (como la gente había entrado en los negocios), para llevarse no sólo lo que habían saqueado sino incluso lo que habían comprado y no podían justificar con la factura. Fueron días de espanto, sobre los que muchas familias no quieren ni pueden aún hablar. El trauma fue tan grande que cientos de soldados, humanamente destrozados, tuvieron que sufrir tratamiento psiquiátrico.

EFFECTO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Por eso el efecto de esa semana fue doble: para el pueblo, el trauma dolorosísimo de comprender que la desesperanza y el sentir que no podían vivir en ese abandono, que dio origen a la noche del 27, no sólo estaban justificados sino que la realidad era mucho peor aún: supieron que ellos iban a ser sacrificados sin ninguna contemplación para que siguiera ese orden, que los excluía.

Pero, paradójicamente, en el momento en que el pueblo experimentaba que estaba siendo llevado al matadero, los propietarios y la gente bien, experimentaba el miedo ante el desborde popular y a través de esa posibilidad llegaban a percibir la realidad de injusticia reinante, que tenía que revertirse, si querían aspirar a una estabilidad razonable y más aún a una vida realmente civilizada y digna. Se sintieron culpables de lo que había pasado y comenzaron a reconocerlo públicamente y a prometer rectificación.

En ese momento líderes de viejos partidos de izquierda y líderes de barrio, ambos sin verdaderas organizaciones de masas ni objetivos claros, sufrieron el espejismo de que estábamos en una situación prerrevolucionaria en la que sería posible incluso tomar el poder. No comprendieron que el contagio de masas de la noche del 27 había sido un acontecimiento totalmente excepcional y no disponible y se aprestaron a hacer juntas y preparativos para la acción decisiva. Sobre todo los líderes de barrio, en vez de aprovechar la coyuntura para organizar mínimamente a sus zonas de

Si algo debería haber quedado claro de esa semana es que la vida humana es absoluta, cosa que no es la propiedad, que sin embargo tiene sus derechos, que deben ser respetados.

FOTO FRASSO



influencia, salieron del barrio sintiéndose representantes de lo que no existía y reuniéndose con otros que también creían tener un poder y una clarividencia, que no poseían.

Por su parte la burguesía compungida y asustada, al ver que no pasaba nada, que los barrios no se desbordaban sobre la ciudad, fueron olvidando sus vagos propósitos de rectificación y siguieron en lo que estaban: aprovechando la ocasión a costa del pueblo.

En conclusión, los movimientos revolucionarios se fueron apagando y los de arriba siguieron dando la espalda a la gente popular. Los partidos no aprendieron absolutamente nada y se hundieron ominosamente.

Lo que quedó fue la convicción de muchísima gente popular de que nada

tenían que esperar de los partidos ni de la democracia ni del Estado ni, menos aún, de sus conciudadanos ricos. La desesperanza previa al 27 se espesó: la noche se hizo total. Sin ninguna estrella.

También quedó la convicción de un grupo de militares, tal vez de la mayoría, de que no volverían a empuñar las armas para masacrar a su propio pueblo. Y un grupo de oficiales comenzó a sesionar con miras a un golpe de Estado.

Tal vez pesó también esta semana en la convicción de que había que profundizar la democracia con la descentralización, de manera que, ya que no servían los partidos, al menos los liderazgos regionales y locales, implicados vitalmente en sus regiones y en sus poblaciones, podrían ir poniendo las bases de una nueva arquitectura del poder.

Quedó también, para el estudio, el fenómeno en sí del contagio de masas, que dotó a muchísimas personas de unas energías que claramente no tenían como individuos y que creó un ambiente que nada tenía que ver con la cotidianidad, en el que regían otras normas que las usuales.

Pero los de arriba y los partidos, por lo que se ha visto, no asimilaron nada de ese acontecimiento tan excepcional. El bienestar, cuando no es de toda la humanidad sino de un grupo privilegiado, anestesia. Es la mayor droga posible, que lleva a vivir en una sabrosa irrealidad y resta voluntad para salir a la realidad. En ese problema anda tanto la burguesía de la modernidad como la boliburguesía.

Si algo debería haber quedado claro de esa semana es que la vida humana es absoluta, cosa que no es la propiedad, que sin embargo tiene sus derechos, que deben ser respetados. Pero la mayor contradicción del Presidente es que, habiéndose movilizadose en contra de la masacre, de la que fue agente el ejército, avale con su silencio cómplice y su inacción la mayor masacre de nuestra historia que se está produciendo diariamente en nuestros barrios. Como ocurrió en los días posteriores al 27 de febrero de 1989.

* Miembro del Consejo de Redacción.